

Goya nos descubre su «Ydioma Universal» en una gran exposición

La Biblioteca Nacional alberga la más completa muestra que se ha realizado de su labor como grabador

Casi 350 obras, llegadas de varias colecciones, entre estampas, dibujos, lienzos, libros y manuscritos

Pérez Gállego

Hasta el 19 de diciembre permanecerá abierta en la Biblioteca Nacional, en Madrid, la gran exposición «Ydioma Universal» (subtitulada «Goya en la Biblioteca Nacional»), de la que son comisarias las especialistas Elena de Santiago y Juliet Wilson-Bareau. La muestra reúne 347 obras -268 estampas, 39 dibujos, un lienzo y 39 libros y manuscritos- pertenecientes, en su mayor parte, a la propia Biblioteca, más algunos valiosos préstamos del Museo del Prado, el British Museum, la Kunsthalde (Hamburgo) y colecciones privadas. La exposición ha sido calificada como «la más completa muestra de la labor de Goya como grabador».

El lenguaje como método

Intelectuales y artistas de finales del siglo XVIII cultivaron con esmerada aplicación un género que podríamos llamar el de los libros de lenguaje. En casi todos los países cultos de Europa se publicaron libros y, sobre todo, álbumes ilustrados titulados, por ejemplo, «El lenguaje de las flores», «El lenguaje de los enamorado», «El lenguaje de las armas»... Francisco Goya fue más leños y en el proyecto de portada de su álbum «Los Sueños», primera versión de lo que después se convertiría en «Los Caprichos», rotuló la obra con ánimo de ofrecer una aportación general, «Ydioma Universal». Corría el año 1797.

Quizá pensaba Goya que los aparatosos óleos con retratos de reyes sonrientes, personajes de reumbrón y otros figurones de la corte estaban bien para decorar los dorados salones de los palacios. Por el contrario, los grabados en papel, sueltos o encuadernados en un libro, tenían, dado su precio, relativamente barato, más posibilidades de llegar a un público universal. El profesor Nigel Giendinning, cuando presentó en Madrid, hace pocos años, la exposición «La década de los Caprichos», insistía en que este álbum debió constituir en su época una auténtica lectura cotidiana de actualidad para muchas personas cultas. El autor aragonés, que además de gran artista fue también cetero escritor, se sacó del magín la feliz expresión «Ydioma Universal», ahora desempolvada como oportuno lema de esta exposición.

Una vez se saltó el alfiler de la Biblioteca Nacional, parece recibimos con un salido familiar o utilizando una expresión francesa que muy bien pudo conocer don Francisco, «déjà vu». Algo ya visto. A poco que avancemos en el examen de las vitrinas podremos comprobar que la muestra no sólo es valiosísima, sino muy original. Por lo pronto, reúne la más completa colección presentada hasta ahora de grabados del artista. Esto es, no sólo los conservados en la propia Biblioteca, sino los cedidos por generosos e

importantes prestamistas nacionales y extranjeros, más algunas piezas complementarias realmente importantes. Por otro lado, la exposición está articulada en nueve grandes capítulos monográficos y permite conocer a Goya relacionado con los grandes episodios históricos de su tiempo y sobre todo, con los artistas clásicos antiguos. En primerísimo lugar, a Velázquez, al que Goya admiraba y copió.

Vemos así reunidas en una sola la exposición las inmortales y conocidas series grabadas: «Copias de Velázquez», «Los Caprichos» («Los Sueños»), «Los Desastres de la Guerra», «La Tauromaquia», «Los Disparates» («Los Proverbios») y «Los Toros de Burdeos». Sólo por reunir tan formidable iconografía, la exposición ya resultaría excepcional y estaría más que justificada en este año de Goya. Pero el gran interés de la muestra reside en que, dada la calidad y cantidad de los fondos goyescos de la Biblioteca, ahora podemos contemplar y comparar por vez primera muchos grabados finales, tal como salieron al mercado, con sus fases preliminares, es decir, con los dibujos y bocetos previos, además de las pruebas únicas, pruebas de estado y primeras ediciones.

Noche y día

Cotejar el grabado final con una de estas estampas preliminares, realizadas bajo la directa vigilancia y hasta intervención del propio Goya es, decirlo con la expresión utilizada por la comisaria Wilson-Bareau, «como comparar la noche con el día». Mientras los dibujos y bocetos preliminares permiten conocer muchos detalles no recogidos en la obra definitiva -ha dicho la gran especialista-, las pruebas preliminares poseen una luminosidad y frescura que no se encuentran después en las ediciones posteriores.

Hasta bien entrados los años 40, todavía podían comprarse en la Calcografía Nacional algunos grabados de Goya, tirados en dicho centro con las primitivas planchillas y el tórculo de la época.



La Biblioteca Nacional conserva la prueba única de «Sueño de la mentira y la ynconstancia». Goya aparece, a la izquierda, en una ensañación, tejida por la mentira y la inconstancia, que simbolizan figuras femeninas de doble cara. Este grabado no fue incluido en «Los Caprichos», bien por voluntad goyeca (era una situación demasiado clara a los amores con la duquesa de Alba) o por estar perdida la correspondiente plancha.



Auto retrato de Goya

ca de Goya. Comparar una de estas láminas no ya con una prueba de autor, sino con una pri-

mera edición, siempre es más o menos desfavorable para aquellas. La plancha de cobre no es eterna y se desgasta a medida que se usa en sucesivas impresiones. La exposición «Ydioma Universal» permite, pues, descubrir un Goya hasta cierto punto nuevo. Un Goya grabador, a la vez impar y dispar. Impar porque su técnica asombrosa lo convierte en uno de los grandes del oficio, desde Rembrandt y Piranesi hasta Picasso. Dispar porque la inspiración de Goya, infatigable testigo de su tiempo, creó todo un lenguaje iconográfico personalísimo.

La universalidad de Goya como grabador florece en los terrenos más inesperados. Comienza el artista, joven aún, por copiar apudamente las obras de su que-

rido Velázquez que había en el Palacio Real. Reyes, bufones, borrachos, filósofos y hasta las mismas meninas. La estampa final de «Las Meninas» es de tal calidad que Ceán Bermúdez confiesa que «a no ser de mano del mismo Velázquez no la tendría en más estimación».

En 1799, Goya publica al fin «Los Caprichos», que, como ya se ha dicho, estuvieron a punto de titularse «Los Sueños». El «Diario de Madrid» publicaba el 16 de febrero de 1799 un largo suelto en primera página dando cuenta del acontecimiento: «Colección de estampas al aguafuerte por don Francisco Goya. Tras comentar la intención del autor, conclúa con estos datos prácticos: «Se vende en la calle del Desengaño, número 2, tienda de perfumes y licores, pagando por cada colección de a 80 estampas, 230 reales de vellón».

Fueron tiradas 300 colecciones que no se agotaron, ni mucho menos. El precio era asequible, pero tampoco una bagatela, como ya se decía entonces. Goya reservó para sus compromisos algunos de los primeros libros que le parecieron mejor grabados. (La Academia de San Fernando publicó hace unos meses un espléndido facsimil de «Los Caprichos»). Goya regaló uno de tales ejemplares sin micula a Wellington, escribiendo de su puño y letra algunas anotaciones que han resultado preciosas para la interpretación de las láminas. Otra de esas obras seleccionadas por Goya fue ofrecida a la esposa de Ceán, doña Manuela Camas las Heras, conocida por «La Aragonesa». Tanto Wellington como el matrimonio Ceán fueron retratados por Goya.

Lenguaje en imágenes

P. G. «Los Caprichos» son, por decirlo de esa manera, el lenguaje básico del «Ydioma Universal». Inician con tanta libertad como fantasía en temas sociales, morales, políticos, históricos... A aquella colección se unieron después «Los Desastres de la Guerra» (hacia 1810), la primera «Tauromaquia» (1814-1816), «Los Disparates» (1819-1823), que en cierto modo están consecrados por su carácter cáustico y crítico -o simplemente caricaturesco- con «Los Caprichos», y, en fin, como broche, los llamados «Toros de Burdeos» (1825). Estas últimas láminas son la definitiva salida al ruedo del tauarino don Francisco, cuando era ya octogenario. Pero Goya pensaba ya, como expresa al pie de su autorretrato dibujado a lápiz, en el Prado, representándose como un anciano que avanza con ayuda de muletas, que «Ain aprendo». ¿Cabe mayor lección de espíritu juvenil? La exposición de la Biblioteca Nacional merece no sólo ser visitada, sino vuelta a visitar. Obligado es

un primer recorrido de urgencia, no dire a matacaballo, pero sí con cierta rapidez, para medir las dimensiones de la muestra y conocer su distribución, hecha con talento por las comisarias Elena de Santiago y Juliet Wilson-Bareau. La céntrica situación de la Biblioteca y el carácter gratuito de la exposición permiten una segunda, una tercera visita para detenerse en este o aquel detalle. Goya nunca cansa ni, mucho menos, aburre. Por el contrario, abruma, sorprende, gusta más aún... Esta reiteración de recorridos puede llegar al punto de que el visitante no sólo asista a un curso completo de arte goyesco, sino incluso un cursillo de idiomas. Hasta llegar a dominar ese «Ydioma Universal» explicado en grabados y propuesto genialmente por un artista que comenzó hablando español con acento aragonés, utilizó después el madrileño cortésano y concluyó, en fin, chapurreando el francés en su destierro de Burdeos.